

Antes de la oscuridad

Prólogo – El círculo se cierra: Parte II. La esperanza se desvanece

Siento otra detonación y cómo el bus se detiene de golpe. Es obvio que hoy yo no seré la única víctima. Me duele respirar, y caigo en cuenta de que no puedo escapar. Siento como las pisadas de sus botas comienzan a descender del bus. Mi costado izquierdo palpita y siento el calor de la sangre deslizándose por mis costillas, comprendo el porqué de mi dificultad de respirar y me desvanezco cayendo junto a la rueda del bus. Veo a mi lado como se acerca con la Colt 38. en su mano y, paralizado, me cuesta concentrarme. Siento terror al ver su rostro quebrado y sonriente cada vez más cerca de mí, junto con el sonido que hace al pisar la tierra.

Fugazmente, pasa por mi cabeza el recuerdo de la escena de una película, en la cual el protagonista, a punto de suicidarse con el fin de que no lo torturen, entra en un trance donde su cerebro, en modo supervivencia, hace un rápido proceso en el que encuentra la solución a su problema. Los humanos tenemos ese instinto por sobrevivir. Yo también lo tengo, y buscando una solución, trato de recordar en qué momento todo se fue al carajo. Convaleciente, lo miro fijamente y entiendo. Pienso que él está combatiendo dentro de su cabeza por no hacerlo, pero la esperanza se desvanece rápido. Sé que ambos lo están disfrutando.

2 semanas antes – Se abre el círculo: La Taza y el Asa

Como estudiante de INACAP nunca tuve problemas para escribir. Siempre se me dio bien el plasmar mis ideas al papel. Puedo jactarme de sentirme orgulloso de haber escrito numerosos cuentos que mis pocos amigos siempre se peleaban por leer. Historias que levantaban toda clase de elogios y felicitaciones entre los profesores que tenían la oportunidad de leer mis relatos que, según ellos, contenían novedosos tópicos y tramas. Nunca tuve problemas, hasta que quise presentarme al 13° Concurso Literario de INACAP.

Hace unos ya exactos 15 días, decidí participar porque creí que ya era hora de que el mundo debiese conocer mis escritos. No voy a mentirles. Siempre he añorado la fama. Soy un tipo de bajo perfil, pero si hay algo que siempre he querido es el reconocimiento y poder decir que soy un famoso escritor. Tener la certeza de que mis escritos perdurarán por la eternidad y, por ende, ser inmortal.

Cuando vi las bases, me dije qué tan difícil podría ser escribir cuentos sobre la vida incapina, cuentos infantiles, o algún tópico histórico interesante. Nunca he escrito algo relacionado a eso, pero, ¿qué tan complicado podía tornarse...? Supongo que pequé de ingenuo... son un poco más de dos semanas las que me quedan para entregar un borrador y ni una idea llega a mi cabeza.

Una vez leí que, muchas veces, en la cabeza de un escritor, una historia llega completa, un todo ya hecho, pero que lo común es que llegue en dos partes, primero la taza, y luego el asa. Mientras la taza es la idea de una historia que llega fugazmente a tu cabeza, el asa es más escurridiza, es el complemento que hace que tu relato cobre vida, pero ésta llega de manera tardía, pudiendo demorarse semanas, meses e incluso años en aparecer. Como escritor constante de cuentos y relatos, tengo en mi cabeza, almacenadas en archiveros, muchas tazas inacabadas esperando a ser unidas con un asa prodigiosa. Tengo más que claro que por muy hermosa que sea la taza, no se puede unir con cualquier asa, esta tiene que llegar sola y, por tanto, no puedes llegar e ir a buscarla. Esto lo he tomado como mi propia regla personal al momento de escribir. Pero las reglas se hacen para romperse. El tiempo no es mi mejor amigo. Así que decido salir a buscar el asa para alguna taza de mi archivero creativo.

En mi adolescencia pre-universitaria, hubo un tiempo en el cual mi mayor fuente de inspiración, era tomar el bus y observar a la gente tanto del interior como a la de afuera, intentado descifrar cuáles eran sus pensamientos y sus siguientes movimientos, y ya desde ahí maquiné mi relato con mi historia favorita. La de una persona ordinaria en una situación extraordinaria, al más puro estilo del realismo sucio cubierto de, según yo, una “suciedad real”. Así que pensé que por qué no partir desde ahí. Mi antigua fuente de inspiración.

Bastaron no más de 40 minutos para que media docena de tazas sobre relatos llegaran a mi cabeza. Estudiantes enfrentándose con fiscalizadores; conductores prepotentes; asaltos y lanzazos a la orden del día. Muchas situaciones ordinarias que se tornaban en extraordinarias. Solo necesitaba mi asa. Así que mi siguiente parada sería la comisaría. Mientras me bajaba del bus y caminaba rumbo a mi destino, pensaba – que tal una

historia sobre un estudiante incapaz haciéndole frente a las injusticias de un sistema opresor fallido. Ya me veía con el listón del primer lugar. En mi cabeza fantaseaba con convertir luego ese cuento en una novela. Luego vendría el reconocimiento de la crítica y la catalogación de mi novela como *El guardián entre el centeno* moderno. Reconocimiento y fama.

La historia poco a poco iba tomando forma en mi cabeza y en mi cuaderno de notas, cuando lo vi por primera vez. Sentí furia y terror al ver dicha imagen. Estaba ahí. Un tipo en el callejón con el pie sobre el lomo de un perro callejero, mientras que, con sus brazos, en una especie de palanca, jalaba hacia arriba algo parecido a un alambre enrollado en el cuello del animal, ahorcándolo hasta el punto que este botaba sangre por su boca.

Para mi sorpresa, la gente que pasaba por fuera del callejón no era capaz de ver lo que sucedía. Era como si una cortina invisible tapara todo lo que había dentro de ese lugar. Comencé a gritar sobre lo que estaba viendo y pude presenciar cómo la gente, de alguna manera, comenzó a ver el macabro suceso. El tipo, al escuchar mis gritos, despertó de una especie de trance y su cara que hace 5 segundos estaba llena de llagas y deformada por el odio, dio paso a la confusión y el miedo.

Todo lo siguiente pasó muy rápido, así que seré breve. La gente intentó linchar al tipo y no los culpo. Luego de ser la noticia con más cobertura, me enteré de diversos sucesos con respecto a la vida del “ahorca-perros” (como lo bauticé personalmente). Fue despedido de su trabajo, lo intentan linchar en cada esquina y la miserable vida que estaba a punto de llevar.

En ese momento había encontrado mi nueva taza y asa para concursar.

13 días después – Posesión

Desde el suceso, mi vida ha sido miserable. La prensa me sigue y soy considerado el enemigo social número uno. Si tan solo supieran lo que pasó, si supieran que yo no quería hacerlo. No estaba en mí cuando todo sucedió. A pesar de que veía cómo ese perro estaba siendo estrangulado, yo no lo hacía, algo se apoderó de mi cuerpo y lo hizo por mí. El resto se limitaba a solo rabia, ira y poder, como el que nunca había sentido o tenido. Nunca he sido violento, pero después de reaccionar, de lo que sea que me haya poseído, no soy el mismo. Esa ira y rabia iracunda sigue impregnada en mí y los deseos de hacer daño a alguien son cada vez más grandes. Pero específicamente a ese pendejo gritón que me delató. Nada de esto hubiese pasado si no fuese por él. Que ganas de que ese perro estrangulado fuera él. Que ganas de poner ese alambre alrededor de su cuello.

Ahora con todo el tiempo del mundo, caigo en el ocio y en el aburrimiento. Está anocheciendo y decido ir a comprar un libro, para intentar pasar la noche. Hace días que no concilio el sueño, por miedo a lo que sea que haya pasado, ocurra de nuevo. Siento miedo de mí mismo. Además, está eso. No dejo de tener esa sensación de que alguien me sigue a donde quiera que voy. Compró mi libro ante la mirada llena de odio del vendedor. Me reconoce, soy el rostro que más ha salido en televisión esta semana, así que procuro salir lo más rápido posible de la tienda para evitar meterme en una discusión estúpida que no ayudará en lo más mínimo, a mí y a mi pésima reputación. Cruzo el umbral de la puerta de la librería y veo a un viejo, que ronda los 60, diciendo, –Ya ha comenzado otra vez. Ha vuelto y es nuestro deber detenerlo –. A lo que comienza a subir el volumen, esta vez gritando frenéticamente cosas sin sentido. En ese momento el viejo desenfunda un arma y comienza a disparar al azar por la calle. El pánico se desata y la gente grita. Muchos caen muertos al instante. Es entonces cuando lo veo y me olvido de todo lo demás.

Dentro de una de las casas aledañas frente a la librería, reconozco una silueta observando todo a través de la ventana. La reconozco porque dicha silueta de una figura masculina de cabello largo me ha atormentado en mis sueños y en mi interior, sé que tiene que ver con todo el incidente del perro. Intento correr y esconder la mirada, solo para encontrarme con el viejo poniendo su arma bajo su mentón y jalando el gatillo. Vuelvo a mirar hacia la casa y puedo ver por primera vez el rostro de la silueta, deformado por la maldad. Esboza una terrorífica sonrisa que hiela mi cuerpo. Está disfrutando todo lo que pasa. Comienza a moverse dentro de la casa, hasta que su sombra se pierde.

Debo salir de ahí lo más rápido posible. No solo por el pánico que me causa esa silueta, sino que también, no debo verme involucrado en otro delito, me dispongo a correr, pero de alguna manera, ese ser en un abrir y cerrar de ojos se posiciona frente a mí. Veo por fin como luce. Es algo pretendiendo ser humano y en un solo movimiento recorre la distancia que nos separa. Pareciera que estuviera flotando encima de la calzada.

Quiero gritar, pero es demasiado tarde. Tengo una sensación familiar. Esto ya ha pasado, y comprendo lo que quiere que haga. Estoy a su merced, otra vez. Tomo el arma del viejo y desaparezco de la escena.

17 horas después – El círculo se cierra: Parte I. La vida es una rueda

A pesar de que mi taza y el asa ya tomaron un rumbo del que me siento orgulloso, necesito cierta inspiración extra, por lo que vuelvo a tomar el bus. Esta vez quiero llegar aún más lejos, pasar la comisaria y llegar a la estación de buses. Me siento en el último asiento, olvidándome de su mala reputación de que, si te sientas ahí, tienes mayor probabilidad de ser asaltado. Como mi abuelo decía, hay gente mala y suceden cosas malas en todos lados. Nunca he sido asaltado, pero si llegara a suceder, pasará en cualquier parte, así que no dejaré de sentarme en mi asiento favorito por la mala estigmatización que la gente le da. Estas últimas 2 semanas he presenciado cosas poco comunes. Sucesos donde el mal personificado se ha hecho presente. Todo desde que decidí seguir al “ahorca-perros”. Desde que lo vi ese día, he generado cierta obsesión con el caso, así que comencé a seguirlo en su vida diaria. Presencí cómo su mundo se derrumbaba, pero era lo normal, supongo, luego de su escena con el perro. Todo era normal. Hasta ayer. Mientras lo seguía hasta una librería, vi como un anciano pasó por su lado gritando cosas como que él era una especie de “salvador”, –un loco– pensé, cuando de pronto saco una Colt 38. y comenzó a disparar injustificadamente a los transeúntes del lugar. Seis personas cayeron, se detuvo, recargó, disparo una vez más, y un segundo y último disparo fue a dar directo a sus propios sesos. El “ahorca-perros” corrió, pero de pronto se detuvo en seco con cara asustada. Aún trato de explicarme que fue lo que vi. Mientras realizaba un grito ahogado, su rostro comenzó a deformarse y de la nada le aparecieron llagas por toda la cara. Se dio vuelta en dirección al loco. Recogió su arma y se marchó del lugar.

Me fui a casa y decido darle un giro a la trama de mi cuento. Comencé a escribir: “*El asesino de perros era poseído por un demonio silencioso...*”

Ahora, sentado al final del bus, me pierdo repasando y anotando los nuevos escritos en mi cuaderno de notas. Perdido en el mundo que he creado, no noto quien sube, ni quien baja. Levanto mi cabeza. Ya pasamos la comisaria. El bus se detiene en la última parada posicionada justo en las afueras de la estación. Doy cuenta que aparte del chofer, solo hay dos personas en el bus. Yo y un tipo en el primer asiento. Siento un escalofrío. El tipo se pone de pie revelando su rostro. El tipo con el rostro lleno de llagas es *mi* “Ahorca-perros”. Las puertas se cierran. Y tanto el bus como él, se ponen en marcha, uno con destino a la estación y el otro hacia mí.

Siempre mirándolo, me pongo de pie tirando mis notas, me abalanzo rápidamente contra la puerta, mientras él camina lentamente, disfrutando mi desesperación. Tardo segundos en encontrar el botón que descomprime el aire de la puerta. Logro abrirla. Ahora estoy en tierra de nadie y por alguna razón siempre cuando necesitas auxilio, nunca hay nadie para socorrerte. Apenas bajo del bus y siento una explosión tras de mí. Algo perforó mi espalda. Miro hacia atrás y lo veo apuntándome con la Colt 38. del anciano loco.

Ahora – El círculo se cierra: Parte III. La vida real

En mi cabeza aún cabe la esperanza de que suceda algo increíblemente fantástico como suele pasar en mis cuentos y me salve. La esperanza nuevamente se esfuma y comprendo: esto no es ficción, es la vida real y los buenos no siempre ganan. El mal es una fuerza imparabile que se mofa en la cara de los débiles. La vida transformada en una rueda esta última semana, se ha encargado de mostrarme que incluso los cuentos con tus peores pesadillas se hacen realidad. Entonces recuerdo...

Solo son dos balas las que quedan en el cargador de la Colt. de *mi* “Ahorca-perros”. No. A la cosa que intenta hacerse pasar por *mi* “Ahorca-perros”. Podría apostar que esas dos balas tienen ya designados sus destinatarios. Esa cosa no sería capaz de dejar cabos sueltos. Una es para mí, y la otra para el dueño de su coraza. Si me muevo rápido, viviré para contarle. O en su defecto, para escribirlo.

Intento pararme rápidamente para tratar de sorprenderlo... Pero resbalo... Es la vida real y los malos se mofan en la cara de los débiles.

Veo por última vez su sonrisa y escucho una última detonación. Todo se vuelve oscuridad.

Por John Marinville